

Santiago, 21 de Noviembre de 1924.

¡A LAS RICAS PATIÑO!

Me quedé dormido ayer, mientras leía un editorial de "El Mercurio" en defensa del decreto del señor Muñoz Rodríguez, y ¡caramba! no le deseo a nadie un sueño como el que tuve.

El país estaba inconocible. El Gobierno acababa de dictar esa mañana a petición de la Junta Militar, el decreto-ley N° 24.825 sobre la reglamentación del "Palillo de Dientes."

Multitud de ciudadanos uniformados seguían el gremio al cual pertenecían, se agrupaban en la calle criticando en voz baja la actitud del Ministro de Dientes y Masticación que acababa de dictar la inconsulta medida. En uno de los corrillos, mi amigo el capitán Proyecto defendía a brazo partido el proyecto:

-El decreto-ley es magnífico - decía - la prueba es de que protestan los fabricantes de palillos, que son los interesados. Lo importante en una ley es que vaya siempre en contra del interés particular...

-Pero, capitán - le observaba alguien - note usted que el decreto es impracticable. Fíjese en que el artículo primero establece que todo monda-dientes deberá tener diez centímetros de diámetro y cinco metros de largo. ¡Vaya usted a escarbarse las encías con mi palo de bandera!

-Ud. es dentista y no entiende de estas cosas porque lo ciega su interés particular gritaba el capitán. ¡Se trata de una ley depuradora y, buena o mala, absurda o razonable, es preciso cumplirla!

Me alejé desesperado.

En la esquina de Huérfanos con Bandera un respetable caballero, de barba y delantal blancos, provisto de una cestita que rebalsaba de papeles, pregonaba con voz de tortillero:

-¡A las ricas Patiño! ¿Quién me compra estas Colquirí fresquitas?

Reconocí en él a un anciano corredor de comercio.

-¿Qué quiere usted - me dijo - desde que se dictó el decreto-ley creando un ministerio especial para las Bolsas, y designando titular al señor Muñoz Rodríguez, que es toda una eminencia en la materia, no tenemos día tranquilo.

El Ministro del ramo está cada vez más rígido. Ayer quebró un corredor por no poder adivinar el número de los títulos que debía recibir en la mala de Febrero. ¡Eran quince mil acciones y logró solo adivinar el número de 11 títulos.

En ese instante salió del Banco Nacional un caballero gordo y respetable con ese aire inconfundible de augusta serenidad que comunica una cartera bien repleta.

El desdichado traficante en títulos, corrió tras él gritando a voz en cuello:

-¡A las ricas Patiño! ¿Quién me compra estas Colquirí fresquitas!

El grito me despertó.